

Amores de segunda mano es un libro de humor negro, de irónica bilis, donde el burlador siempre aparece burlado. El humor negro es un exceso del humor, una excrescencia de la gracia. Practican este humor los que se ríen de la grotesca figura que adoptó en el pavimento un atropellado, los que hacen burla de su propia muerte para escándalo de los que prefieren no pensar en eso. La risa del que practica el humor negro es una risa agresiva, de hiena que chilla luego de haberse nutrido con dos kilos de carroña. Lo curioso es que todos nos reímos al ver que por fin se cayó el fulano que estaba columpiándose en su silla. Nos reímos de lo cruel porque es algo lejano (y qué bueno que sea lejano): todos se ríen, menos el que se cae. La caridad no campea en los ocho cuentos de este libro, tal vez porque la caridad no es una virtud bien vista a los ojos de quien compra libros y vive en la ciudad. El humor negro en cambio irrita inmediatamente al lector o hace que este se ría con cinismo sintiéndose complice de un espíritu tan canalla como el del autor del libro. Breton hizo una antología del humor negro. Julio Torri fue un fino cultor del género y Salvador Elizondo y Jorge Ibarguengoitia han ampliado el cauce de este humor que corre como un río de aguas negras de nuestra literatura, desagradable sí, pero necesario: si por ejemplo se frenara el flujo del desagüe esta ciudad en cosa de minutos quedaría convertida en un paraíso de mierda. El humor negro, como el desagüe, huele mal, pero es inevitable, es chocolatoso pero deja limpia la ciudad. ¿Quiero decir con esto que el humor negro limpia de algún modo la conciencia del lector, o, peor aun: que

el humor negro desahoga la mala conciencia del autor? ¿Qué problema habría en ello si así fuera? El problema se presentaría si los cuentos no fueran todo lo imaginativos que son tanto en sus argumentos crueles como en sus ingeniosas estructuras. Después de todo, uno de los hábitos de lo humano es la invención de imaginación abominables.

Uno da por sentado que en las presentaciones de libros se acostumbra el elogio de la obra y del autor y no seré yo la excepción: *Amores de segunda mano*, al que sin querer ya le dije canalla, hiena y conductor de aguas negras, es un libro de cuentos provocativos y bastante divertidos. Enrique Serna no se ha dormido en sus laureles de observador ácido y cínico, sino que ensaya con las formas de sus cuentos, esto es especialmente visible en "Amor propio", el cuento que cierra este volumen, en donde desarrolla una forma narrativa andrógina —mezcla sin puntuación de las voces de dos personajes— que es la que naturalmente le corresponde al tema del relato. Quisiera abundar más sobre la relación entre el argumento y la forma que este asume en los cuentos de Enrique Serna. Me valdré de un sólo cuento, "El alimento del artista", que Juan José Reyes y yo publicamos en *Textual* y que Enrique Serna, como no le pagamos, volvió a publicar en *La Jornada*. Es decir, se trata de un cuento más o menos conocido. La protagonista en primera persona se dirige a un interlocutor pasivo, con lo cual involucra al lector, que se identifica con el personaje al cual la mujer le hace confidencias siendo un extraño. Este modo de contar Enrique Serna ya lo había empleado en algu-

nos capítulos de *El ocaso de la primera dama*, su primera novela, que acaban de volver a publicar con otro título. En esa novela una Miss México que acabó de cabaretera le cuenta su vida frustrada a un reportero. En el cuento al que me refiero, una cabaretera le cuenta a alguien, las humillaciones que ha sufrido para presentar un espectáculo en el que ella y su marido copulan en el escenario. El argumento es mucho más rico en detalles de lo que lo cuento, lo que a mí me interesa destacar es que este tipo de estructuras le gustan a Enrique Serna porque hacen que el lector se sienta involucrado. ¿En qué mundo quiere involucrarnos Enrique Serna? La pareja que protagoniza el cuento, para empezar, es bastante heterogénea: el hombre es un homosexual que sólo logra excitarse con su mujer luego de simular que hacen el amor ante el público. La cabaretera en ruinas quiere a Gamaliel, su marido homosexual, porque a ambos los une la excitación que consiguen exhibiéndose. Es decir: trata de involucrarnos en un mundo extraordinario y raro no sólo mediante su estructura sino por el tono de su humor visceral. La mujer le cuenta al oyente pasivo su desgracia: ya nadie quiere verlos copular y ellos sin que nadie los vea no pueden hacerlo. La mujer le ofrece al oyente, que es el lector, unas monedas a cambio de que les aplauda un poco mientras ella y Gama-

liel retozan, ya cincuentones y dados al traste. Si el cuento en vez de ser contado por la mujer hubiera sido contado por el hombre que escucha, el punto de vista irónico y demoledor se habría dirigido desde el principio contra la mujer impidiéndole terminar su relato. Por ello Enrique Serna se valió, creo yo, de una estructura que había usado ya anteriormente. Una estructura que le permite al personaje de la mujer exhibicionista que se autodenigra contando simplemente su vida, desplazando de este modo el foco del humor negro hacia el oyente, que es el lector. Así, desde el primer cuento el lector queda involucrado con el tono de humor negro que es el favorito del autor. Hacia el principio dije que uno puede reírse del que se cae de la silla precisamente porque no es uno el que hizo el ridículo, pero quisiera rectificar. Un autor de cuentos crueles, según creo, es aquél que al ver cómo se cae ridículamente de la silla el vecino se echa a reír de una manera tan estruendosa que acaba cayéndose él también al suelo. Desde el suelo, estoy seguro, uno puede reírse más a gusto, sin ningún miedo. Nadie quiere desprenderse del barro, así pues, revolquémonos riendo. Con *Amores de segunda mano*.*

Fernando García Ramírez

* Enrique Serna, *Amores de segunda mano*, Universidad Veracruzana, México, 1991.